

LA VILLA DE SAN PEDRO.

(San Pedro, Casa paterna, Octubre 11 de 1851.)

I.

¡San Pedro! graciosa aldea,
Tan rica en gratos jardines:
Sobre alta loma campea
Y su cabellera ondea
De naranjos y jazmines.

Pintoresco entre el paisaje
Se agrupa su caserío,
Y rinde pleito homenaje
A esa torre, que el follage
Domina, agreste y sombrío.

Su gran ruta se decora
Con franjas de árboles bellos,
De sombra convidadora
Si el áura murmuradora
Juega mansa en torno de ellos.

Abren su estensa calzada
Dos columnas, y una fuente
Brotan azul y sosegada
En una plazuela orlada
Por sauces de mústia frente.

De trecho á trecho y en torno
Se elevan bancos de piedra,
Y de aquel sitio en contorno
Hay casitas con su adorno
Gentil de ramos de yedra.

Con pórticos de verdura
Y silvestres emparrados,
Una noria de agua pura,
Sotos de densa espesura,
Bosquesillos perfumados.

Son alegres alquerías,
Con su vergel, sus graneros,
Sus pequeñas praderías,
Su establo y tápias umbrías
Y sus pájaros parleros.

El que al Sur la vista tienda
Vé al *Alamo* en la llanura,
Cercana y humilde hacienda,
Visible aunque la defienda
Del sol, arboleda oscura.

Tras las mil ondulaciones
Del terreno, el *Cuatro* asoma,
Por sus grandes murallones
Y macizas construcciones,
Feudal apariencia toma.

Como un gigante, imponente
El cerro de *Toluquilla*,
En el cielo trasparente
Esconde altivo su frente,
Alcázar que maravilla.

Casi á sus plantas pardea
En el campo solitario
Donde el tardo buey patea,
Y entre el soto que verdea
Esa hacienda del *Rosario*.

Si azul luce el firmamento
Tras la atmósfera tranquila,
Arrebata el pensamiento
Como excelso monumento
El gran *Cerro de Tequila*.

Se retuerce ásperamente
El polvoroso camino,
Cual si fuera una serpiente
Cuyos anillos, realmente
Serpearan de continuo.

Véanse de uno y otro lado
Casas y árboles frutales,
Verde el campo y cultivado,
Grupos de gentil ganado
Y cercos de carrizales.

Limita el llano grandiosa
La distante serranía,
Y *Guadalajara* airosa
Surge inmensa y magestuosa
Cual ciudad del Mediodía.

Con sus iglesias cristianas,
Sus torres que dán al viento
Los himnos de sus campanas;
Con sus cúpulas galanas,
Sus edificios sin cuento.

Bella, fantástica diosa
Se dibuja entre la bruma
Del alba, color de rosa,
Cuando en su divan reposa
Entre cortinas de espuma.

¡Cuán bello es su panorama
Cuando el sol con gala estrema
Torrentes de luz derrama,
Y la ciñe con su llama
Cual luminosa diadema!

Bajo árboles protectores
Del sol como áscua de fuego,
Se amparan los labradores,
Viageros y leñadores,
O pide limosna un ciego.

Y aunque hay calor excesivo
En las estivales horas,
Bajo un rayo intenso y vivo
Cruzan con afán activo
Las inditas vendedoras.

La naturaleza queda
En silencio, aletargada,
De oro sutil polvareda
Envuelve á aquella arboleda
Como una gasa dorada.

Del crepúsculo á la hora,
Tienen al caer la tarde
Una vista encantadora
La antigua casa de Mora,
La gran quinta de Velarde.

Salta véspero esplendente,
Pasan las nubes volando,
Susurra el nocturno ambiente,
Gime alguna ave doliente
Nido en las frondas buscando.

Cuando en las sombras se acuesta
 El sol, de llorar dan ganas;
 Callando la alada orquesta.
 ¡Cuán triste en esa floresta
 Se oye el canto de las ranas!

¡Cuál despunta misteriosa
 En un cielo cristalino
 Triste, pálida, radiosa,
 La luna que baña hermosa
 Los árboles y el camino!

Mil estrañas proporciones
 Dá ese brillo en la penumbra,
 Y parecen procesiones
 De fantasmas ó visiones
 Los mústios sauces que alumbra.

Dá transparencia á los cielos,
 Sus tibios rayos dilata,
 Y con amantes anhelos
 Tiñe vaporosos velos
 Con leve lluvia de plata.

Y esos velos van flotando
 Sobre los alzados montes,
 Y las campiñas velando
 Van tambien transparentando
 Los opacos horizontes.

Vaga música se eleva
 Como plegaria sentida,
 En su ála el viento la lleva,
 Y algo entónces se renueva
 En nuestra alma entristecida.

II.

¡San Pedro! aldea dichosa,
 Do ví correr casta y pura
 Mi niñez color de rosa,
 A mi abuela cariñosa
 Debiendo aquella ventura.

Me parece aún la veo
 De la Iglesia en los oficios,
 Oír sus plegarias creo;
 Mártir de un santo deseo,
 Angel de los sacrificios.

Noble anciana, coronada
 De blancos cabellos, pura,
 Tierna, amante, resignada;
 Como una madre abnegada,
 Bálsamo en toda amargura.

Con tal virtud y decoro
 Nadie amó con mas cariño;
 Era su llanto un tesoro
 De amor, habia en su lloro
 Esa ternura del niño.

Todo el mundo la queria;
 Su discrecion era tanta,
 Que á las almas atraía;
 ¡Tan bella, que poseía
 La hermosura de una santa!

Hasta el extremo ardorosa,
 Era su ídolo mi padre,
 Sensible á mas, religiosa,
 Su alma era fervorosa,
 Alma, como alma de madre.

Al pié del Crucificado
A Dios me hizo alzar la frente,
Por ella creo, he amado
En el mundo, y esperado
En un mas allá ferviente.

Madre de los pobres era,
Y de los tristes consuelo.
¡Ay, desde que la perdiera
Seguro estoy que me espera
Allá á la entrada del cielo!

III.

¡San Pedro! Cuán bellas cosas
De otros tiempos me recuerdas!
Por eso están temblorosas
Dando quejas lastimosas
De mi harpa las tristes cuerdas.

Doquier que lleve mi planta
Me habla un idioma elocuente
Con tristeza dulce y santa,
De un tiempo que aún levanta
Ecos mil allá en la mente.

Sus orillas tan amenas,
Aquel su manso riachuelo,
Que al lamer blancas arenas
Pinta en sus aguas serenas
Toda la pompa del cielo.

El sitio de las *Cuevitas*,
El Ojo de Agua y *el Puente*,
Y hácia al Sur las *Barranquitas*,
Y el *Camichin*, las hermitas
Que alzára el indio creyente.

El lugar de hermosas huertas
Y que el *Paráíso* se nombra,
Con arboledas abiertas,
De hojas y frutos cubiertas,
Ricas de fresco y de sombra.

El viejo y santo convento
De franciscanos, ruinoso,
De los años escarmiento,
Donde aprisionado el viento
Gime en los claustros quejoso.

Los naranjos que dan triste
En su pátio, sombra escasa,
Su Iglesia que aún existe,
Pues que á los siglos resiste
Con su gigantesca masa.

Su azotea silenciosa
Do el musgo amarillo medra,
Su alta nave misteriosa ;
Y la capilla humildosa
Do está la *Vírgen* de piedra.

Su cementerio en descuido
Que bordan tristes arbustos,
Imágenes del olvido,
Y su átrio, donde han crecido
Cipreses por cierto adustos.

Su vieja torre arqueada,
Y sus sepulcros sin nombres,
Y su gótica fachada,
Cuentan historia anticuada
De otras cosas, de otros hombres.

De niño tañer oía
 Sus campanas con la aurora;
 Cuando suenan todavía
 En silencio el alma mía
 Por tantos recuerdos llora.

Jóven aún, de ellos vivo,
 Nunca olvidarlos resuelve
 Mi corazón, su cautivo,
 Que tienen el atractivo
 De lo que pasó y no vuelve.

¡San Pedro! pueblo adorado,
 ¡Cuánto cariño le tengo!
 Muchas veces lo he soñado,
 Y las dichas del pasado
 En él á recordar vengo.

Con su gran plaza ceñida
 En torno, como por gala,
 De fresnos de copa erguida,
 Y su fuente que adormida
 Dulce música regala.

Con sus quintas al estilo
 Moderno, sencillas, bellas,
 Del amor hogar tranquilo,
 Del placer honesto asilo,
 Amparo en nuestras querellas.

Quintas con encrucijadas,
 Laberintos, senadores,
 Juegos de agua, embalsamadas,
 Deliciosas enramadas,
 Cuadros de hortaliza y flores.

¡San Pedro! con sus afueras,
 Alrededores preciosos,
 Huertecitos y praderas,
 Colinas y sementeras,
 Bosques de árboles frondosos.

Entre huertos de granados
 San Andrés gentil se pierde,
 Y entre zalates copados
 Otros pueblos agrupados
 Cubren la llanura verde.

Pacíficos labradores
 Cruzan la trillada senda,
 E indias de vivos colores
 Con frutos, verduras, flores
 O con alguna encomienda.

Se divisa la nombrada
Tonalán, sobre una loma,
 Con su Iglesia torreada
 Allá en la umbría asomada
 Como una parda paloma.

Dicen que en Cuaresma ha sido
 Siempre un altar perfumado,
 Un canastillo florido
San Gaspar, un verde nido,
 Un templo del dios vendado.

Lo cierto es que en sus vergeles
 Se hacen muy lindos manojos,
 Y entre hojas de laureles
 Lucen chícharos, claveles,
 Ya jazpeados, ya rojos.

Por tradicion respetada
Que al pueblo indígena arredra,
Cuentan que existe enterrada
Una ciudad encantada
Bajo de una enorme piedra.

La tradicion no se engaña,
Y, agrega, sucede el día
De San Miguel ¡cosa estraña!
Que lleno Satán de zaña
Con el arcángel porfía.

Al pié de la esfinge muda
El huracán se debate,
Que una caverna hay sin duda
Cavada en la peña ruda,
Donde acontece el combate.

Que es obra de encantamientos
Lo creen á pié juntillas
Los indios, y sin comentarios,
Cual se relatan los cuentos,
Lo escribo en estas quintillas.

Si la empuja débil mano
Esa roca bambolea:—
Solitaria en aquel llano
Duda el pensamiento humano
Si piedra druídica sea.

¡San Pedro! ¡Cómo han corrido
En él mis horas primeras
De amor no correspondido,
Y en su regazo han nacido
Mis esperanzas postreras!

Va á venir. ¡Con ánsia aguardo
A la hermosa prenda mia!
¡Cuál sufro con su retardo!
Triste está su amante bardo
Y es de amor su pena impía.

Con tierna inquietud la espero,
Con afan santo la imploro,
Yo vivo amándola y muero,
Mas que á mi vida la quiero,
Su alma de ángel adoro.

San Pedro, acógela amante,
Recíbela con cariño—
Quiérela.—Mas, delirante
Yo te hablo en este instante
Y no entiendes.—¡Soy un niño!—

Cuando me abra en la altura
Dios, las puertas infinitas
De la celeste ventura,
Quiero hallar mi sepultura
Entre sus flores benditas.

Dormir en lecho verduoso
Y que con santo misterio
Marque el sitio silencioso
Do alcance eterno reposo,
Una cruz del cementerio!

